

que estaba debajo de la almohada de Pons, cuanto que el enfermo había dejado asomar intencionadamente el pañuelo y se prestaba á la maniobra de la Cibot, teniendo la cabeza al otro lado de la almohada para facilitar mejor su operación. La Cibot fué derecha al secreter, lo abrió procurando hacer el menor ruido posible, encontró el resorte del escondite, y corrió al salón con el testamento en la mano. Esta circunstancia intrigó á Pons en alto grado. Respecto á Smuke, temblaba de pies á cabeza como si hubiese cometido un crimen.

—Vuelva usted á su sitio—dijo Fresal, recibiendo el testamento de manos de la Cibot,—porque si se despertase, es preciso que la encuentre allí.

Después de haber quitado los sellos al sobre con una habilidad que probaba que no era la primera vez que lo hacía, Fresal, con profundo asombro, leyó el siguiente curioso documento:

«ESTE ES MI TESTAMENTO

»Hoy, 15 de abril del año 1845, estando sano de espíritu, como lo demuestra este testamento, redactado de concierto con el señor Trognon, notario, y sintiendo que debo morir próximamente de la enfermedad de que estoy atacado desde principios de febrero último, he debido, creyendo disponer de mis bienes, trazar mis siguientes últimas voluntades.

»Siempre me ha llamado la atención los inconvenientes que tienen las obras maestras de pintura, y que con frecuencia acarrear su destrucción; me conduelo de que las hermosas telas estén condenadas á viajar siempre de país en país, sin estar jamás fijas en un lugar donde los admiradores de estas obras maestras puedan ir á verlas. He pensado siempre que las páginas verdaderamente inmortales de los famosos maestros deberían ser propiedades nacionales, y puestas incesantemente ante los ojos de los pueblos, como la luz, obra maestra de Dios, sirve á todos sus hijos. Ahora bien, como he pasado mi vida en escoger y reunir algunos cuadros, que son gloriosas obras de los maestros más grandes, y como esos cuadros están completamente sanos, sin retoques ni restauraciones, no he podido pensar sin pena en que estas telas, que han hecho la felicidad de mi vida, podrían ser vendidas en subasta; ir las unas á Inglaterra, las otras á Rusia, dispersas como lo estaban antes de reunirse en mi casa; he resuelto sustraerlas á estas miserias, lo mismo que

los magníficos marcos que les sirven de orla, y que son debidos todos á notables artistas.

»De suerte que por estos motivos, doy y lego al Rey, para que formen parte del museo del Louvre, los cuadros que componen mi colección, caso de que sea aceptado el legado de dar á mi amigo Wilhelm Smuke una renta vitalicia de dos mil cuatrocientos francos.

»Si el Rey, como usufructuario del museo, no acepta este legado con dicha condición, los dichos cuadros formarán entonces parte del legado que hago á mi amigo Smuke de todos los valores que poseo, con la condición de entregar la cabeza de moro, de Goya, á mi primo, el presidente Camusot; el cuadro de flores, de Abrahán Mignon, compuesto de tulipanes, al notario señor Trognon, á quien nombro mi albacea, y de pasar doscientos francos de renta á la señora Cibot, que cuida mi casa desde hace diez años.

»Finalmente, mi amigo Smuke dará el Descendimiento de la cruz, de Rubens, boceto de su célebre cuadro de Amberes, á mi parroquia, para adornar con él una capilla, en agradecimiento á las bondades del vicario señor Duplanty, á quien debo el poder morir en el seno del Catolicismo, etc.»

—¡Es la ruina!—se dijo Fresal—¡la ruina de todas mis esperanzas! ¡Ah! ¡empiezo á creer todo lo que me ha dicho la presidenta de la malicia de ese viejo artista!...

—Y bien ¿qué hay?—vino á preguntarle la Cibot.

—Su señor es un monstruo, lo deja todo al museo, al Estado. ¡Y contra el Estado no se puede pleitear! ¡El testamento es inatacable! ¡Somos robados, arruinados, despojados, asesinados!...

—¿Qué me ha dejado?

—Doscientos francos de renta vitalicia.

—¡Vaya una cosa!... ¡Pero suerte que se muere!

—Vaya usted á dar una mirada—dijo Fresal,—que voy á meter el testamento en el sobre.

CAPITULO XXVI

Donde reaparece la mujer Salvaje

Tan pronto como la señora Cibot volvió la espalda, Fresal substituyó por una hoja de papel blanco el testamento, y metió éste en el bolsillo; después volvió á cerrar el sobre

con tanto arte, que se lo enseñó á la señora Cibot cuando volvió, preguntándole si podía notar la menor huella de la operación. La Cibot tomó el sobre, lo palpó, lo sintió lleno y se sonrió, pues había esperado á que Fresal hubiera quemado él mismo aquel fatal documento.

—Bueno, ¿qué hemos de hacer, mi querido señor Fresal?—le preguntó.

—¡Ah! eso allá usted. Yo no soy heredero; pero si yo tuviese algún derecho á esto—dijo señalando la colección,—ya sé cómo me las arreglaría.

—Pues eso es lo que le pregunto—dijo la Cibot estúpidamente.

—¿Hay fuego en la chimenea?—replicó Fresal levantándose para marcharse.

—Al grano. Usted y yo seremos los únicos que sabremos esto—dijo la Cibot.

—Nunca se puede probar que un testamento ha existido—repuso el hombre bueno.

—¿Y usted?

—¡Yo!... si el señor Pons muere sin testar, le aseguro á usted cien mil francos.

—¡Uy! ¡uy! le prometen á una montones de oro, y cuando una exige el pago, le timan á una como...

Y se detuvo á tiempo, y decimos á tiempo, porque iba á hablar á Fresal de Elías Magus.

—Me voy—dijo Fresal.—En interés de usted conviene que no me vea nadie en la habitación; pero nos encontraremos abajo, en la portería.

Después de haber cerrado la puerta, la Cibot volvió con el testamento en la mano con intención de arrojarlo al fuego; pero cuando entró en el cuarto y avanzó hacia la chimenea, se sintió cogida por los dos brazos... Se vió entre Pons y Smuke, que se habían pegado al tabique á ambos lados de la puerta.

—¡Ah!—gritó la Cibot.

Y cayó de bruces en medio de horribles convulsiones, fingidas ó verdaderas, pues nunca se supo la verdad. Este espectáculo causó tal impresión á Pons, que se sintió embargado por mortal debilidad, viéndose Smuke precisado á abandonar á la Cibot para acostar á su amigo. Los dos músicos temblaban como gentes que, obligadas á ejecutar una labor penosa, han hecho más de lo que les permitían sus

fuerzas. Cuando Pons estuvo acostado y Smuke hubo recobrado un tanto las fuerzas, se oyeron unos sollozos. La Cibot, arrodillada, lloraba amargamente, y al notar que los dos amigos se fijaban en ella, tendió los brazos hacia ellos en ademán de súplica, diciendo:

—Es pura curiosidad, mi buen señor Pons; ya sabe usted que la curiosidad es defecto de las mujeres. Pero no he sabido cómo hacer para leer el testamento, y ahora se lo traía.

—Váyase usted de aquí—dijo Smuke lleno de indignación.—Es usted un monstruo, usted ha *queguido matag* á mi buen Pons. Él tiene *gazon*, es usted un monstruo, está usted condenada.

Al ver el horror pintado en la cara del alemán, la Cibot se levantó altiva como Tartufo, dirigió á Smuke una mirada que le hizo temblar, y salió, llevándose debajo del delantal un sublime cuadrito de Metzu, que Elías Magus había admirado mucho, calificándolo de diamante. La Cibot encontró en la portería á Fresal que le esperaba, confiando en que había quemado el sobre y el papel blanco con que él había reemplazado el testamento; pero fué grande su asombro al ver el terror pintado en el rostro de su cliente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi querido señor Fresal, ha ocurrido que, so pretexto de darme buenos consejos y de dirigirme, me ha hecho usted perder para siempre mis rentas y la confianza de mis señores...

Y acto seguido lanzó aquella tromba de palabras que acostumbraba á soltar.

—¡No diga usted palabras ociosas!—exclamó secamente Fresal deteniendo á su cliente.—Al grano, al grano, y en seguida.

—Pues bien, he aquí lo que pasó.

Y le contó la escena tal cual acababa de ocurrir.

—Yo no le he hecho á usted perder nada—exclamó Fresal.—Esos dos señores dudaban de su probidad cuando le han tendido el lazo; la esperaban á usted, la espían... Usted no me lo dice todo—añadió el abogadillo dirigiendo una mirada de tigre á la portera.

—¿Ocultarle yo á usted algo, después de lo que ha ocurrido? ¿después de lo que hemos hecho juntos?—dijo la mujer temblando.

—Pero, querida mía, yo no he hecho nada reprehensible—

dijo Fresal, manifestando claramente su intención de negar su visita nocturna á casa de Pons.

La Cibot sintió que se le erizaban los cabellos y que un frío glacial se apoderaba de ella.

—¡Cómo! —exclamó alelada.

—He aquí ya la causa criminal... Usted puede ser acusada de sustracción del testamento—respondió fríamente Fresal.

La Cibot hizo un movimiento de horror.

—Tranquílcese usted, yo soy su consejero—repuso el hombre bueno.—Sólo he querido probarle cuán fácil es realizar lo que le decía. Vamos á ver: ¿qué ha hecho usted para que ese alemán tan sencillito se haya escondido en el cuarto sin que usted lo supiese?

—Nada, es la escena del otro día, cuando yo sostuve que el señor Pons había juzgado mal la cosa á causa de su delirio. Desde ese día esos señores han cambiado por completo su opinión respecto á mí; así es que usted es la causa de todas mis desgracias, pues si yo había perdido mi imperio sobre el señor Pons, estaba segura del alemán, el cual hablaba ya de casarse conmigo ó tenerme en su compañía, que es todo uno.

Esta razón era tan plausible, que Fresal se vió obligado á contentarse con ella.

—Tranquílcese usted, yo le he prometido rentas y cumpliré mi palabra. Hasta ahora, en este asunto, todo era hipotético; pero en lo sucesivo, ya vale dinero... Usted tendrá, por lo menos, mil doscientos francos de renta... sin embargo, mi querida señora Cibot, tendrá usted que obedecer mis órdenes y ejecutarlas con inteligencia.

—Sí, mi querido señor Fresal—dijo con servil mansedumbre la portera.

—Bueno, adiós—dijo Fresal, abandonando la portería y llevándose el peligroso testamento.

El hombre de negocios se fué á casa muy contento, pues aquel testamento era un arma terrible.

—Tendré una buena garantía contra la mala fe de la señora presidenta—pensaba.—Si ella no cumpliese su palabra, perdería la herencia.

Al amanecer, Remonencq, después de haber abierto su tienda y de haberla dejado bajo la vigilancia de su hermana, se fué á ver, según acostumbraba hacía algunos días, el es-

tado en que se hallaba su buen amigo Cibot, y encontró á la portera contemplando el cuadro de Metzú y preguntándose cómo podía valer tanto dinero una cosa tan pequeña.

—¡Ah! ¡ah! es el único que sentía no tener el señor Magus, hasta tal punto, que me dijo que con ese cuadro no saltaría ya nada para su dicha—dijo Remonencq mirando el cuadro por encima del hombro de la Cibot.

—¿Cuánto darían por él?—preguntó la portera.

—Si usted me promete casarse conmigo al año de quedar viuda, yo me encargo de sacarle veinte mil francos á Elías Magus; mientras que si no se casa usted conmigo, nunca sacará por ese cuadro más de mil francos.

—¿Y por qué?

—Porque tendrá usted que firmar un recibo como propietaria, y entonces los herederos podrán perseguirla criminalmente; mientras que siendo mi mujer, yo se lo venderé al señor Magus, le diré que se lo compré al señor Smuke, y no me exigirá recibo. Vamos, deje usted ese cuadro en mi casa, porque si su marido llega á morir, la marearán bastante, mientras que á nadie le extrañará que yo tenga esa obra en mi casa. Ya me conoce usted. Además que, si usted quiere, yo le haré un recibo.

En la situación criminal en que fué sorprendida, la ambiciosa portera se avino á esta proposición, que la unía para siempre con el tendero.

—Tiene usted razón, tráigame el recibo—dijo la Cibot, metiendo el cuadro en su cómoda.

—Vecina—dijo el anticuario en voz baja, llevando á la Cibot hacia la puerta,—veo claramente que no podemos salvar á nuestro buen amigo Cibot; el doctor Poulain desesperaba de salvarle ayer noche y decía que no saldría de hoy... ¡Es una gran desgracia! Pero, después de todo, esto no era su puesto de usted; usted ha nacido para estar al frente de un hermoso almacén de antigüedades en el boulevard de los Capuchinos. Yo he ganado cerca de cien mil francos en diez años, y si usted reúne otro tanto y quiere ver mi mujer, yo me encargo de labrar su dicha... Será usted señora y estará servida por mi hermana, que se encargará de los quehaceres domésticos, y...

El seductor fué interrumpido por las desgarradoras quejas del sastre que empezaba á agonizar.

—Váyase usted de aquí—dijo la Cibot.—Es usted un

monstruo en hablarme de esas cosas, cuando mi pobre hombre está muriendo.

—¡Ah! es que la adoro á usted con locura—dijo Remonencq.

—Si me quisiese usted no me diría nada en este momento—le respondió la portera.

Remonencq se fué á su tienda, seguro de casarse con la Cibot.

Á eso de las diez de la mañana se le administraron los sacramentos á Cibot, y con este motivo hubo gran afluencia de gente á la puerta de la casa. Todos los amigos de los Cibot, conserjes y porteros de la calle de Normandía y de las adyacentes, ocupaban la portería, el portal y la puerta de la casa. Entonces pasaron desapercibidos Leopoldo Hannequin, que fué con uno de sus colegas, y Schwab y Brunner, los cuales pudieron subir á la habitación de Pons sin que la Cibot los viese. La portera de la casa vecina, á quien el notario se dirigió para saber en qué piso vivía Pons, fué la que le encaminó. Respecto á Brunner, que fué con Schwab á ver al músico Pons, pasó sin decir nada y enseñó el camino á su asociado... Pons anuló su testamento de la víspera, é instituyó á Smuke heredero universal de sus bienes. Una vez cumplida esta ceremonia, Pons, después de haber dado las gracias á Schwab y á Brunner y de haber recomendado eficazmente al señor Hannequin los intereses de Smuke, sintió una debilidad tal, á consecuencia de las energías desplegadas en la escena nocturna con la Cibot y en aquel último acto de la vida social, que reclamó los sacramentos, y Smuke rogó á Schwab que fuese á avisar al abate Duplanty, pues él no quería abandonar la cacería de la cama de su amigo.

Sentada á los pies del lecho de su marido, la Cibot, que había sido despedida por los dos músicos, no se ocupó del almuerzo de Smuke; bien es verdad que los acontecimientos de aquella mañana y el espectáculo de la resignada agonía de Pons, que moría heroicamente, habían oprimido de tal modo el corazón del alemán, que éste no sintió hambre.

Sin embargo, á eso de las dos de la tarde, como la portera no hubiese visto al anciano alemán, tanto por curiosidad como por interés, rogó á la hermana de Remonencq que fuese á ver si Smuke necesitaba algo. En aquel mismo

momento, el abate Duplanty, que acababa de recibir la confesión suprema del pobre músico, le administraba la Extremaunción. La señorita Remonencq turbó, pues, aquella escena con sus reiterados campanillazos. Ahora bien, como Pons había hecho jurar á Smuke que no dejaría entrar á nadie (tanto temía que le robasen), Smuke dejó llamar á la señorita Remonencq, la cual bajó muy asustada y dijo á la Cibot que Smuke no le había abierto la puerta. Esta extraña circunstancia fué notada por Fresal. Smuke, que no había visto nunca morir á nadie, iba á sentir todos los apuros que se pasan en París cuando se tiene un muerto en los brazos y no se ve uno auxiliado ni ayudado por nadie.

Fresal, que sabía que los parientes verdaderamente afligidos pierden en este momento la cabeza, y que ocupaba la portería desde la mañana en conferencia secreta con el doctor Poulain, concibió la idea de dirigir él mismo todos los movimientos de Smuke.

He aquí cómo se arreglaron los dos amigos, Fresal y Poulain, para lograr este importante resultado.

El sacristán de la iglesia de San Francisco, antiguo vi-driero llamado Cantinet, vivía en la calle de Orleans, en la casa contigua á la del doctor Poulain. Ahora bien, la señora Cantinet, que era la cobradora de las sillas en la iglesia, había sido visitada gratuitamente por el doctor Poulain, y le estaba agradecida y tenía amistad con él, habiéndole contado muchas veces las desgracias de su vida. Los dos músicos, que iban á los oficios de San Francisco todos los domingos y días de fiesta, estaban en buenas relaciones con el sacristán y el monaguillo, con toda esa milicia eclesiástica llamada en París *bajo clero*, á quien los fieles acaban por dar pequeñas propinas. La señora Cantinet conocía también á Smuke, como éste la conocía á ella. La señora Cantinet se sentía afligida por dos desgracias, que habían contribuido á que Fresal hiciese de ella un instrumento ciego é involuntario. El joven Cantinet, apasionado por el teatro, se había negado á seguir la carrera de la iglesia, y trabajaba en el Circo Olímpico, donde hacía una vida desenfrenada, que amargaba la existencia de su madre, cuyo bolsillo había quedado muchas veces vacío á causa de préstamos forzosos. Por otra parte, Cantinet padre, entregado á la bebida y á la vagancia, había tenido que dejar el comercio, á causa de estos dos vicios. Lejos de haberse corregido,

aquel desgraciado había encontrado en el ejercicio de sus funciones alimento para sus vicios, pues no hacía nada y se dedicaba á beber con los cocheros en las bodas, con los empleados de las funerarias y con los desgraciados socorridos por el cura.

La señora Cantinet se veía, pues, sumida en la miseria durante su vejez, después de haberle aportado á su marido una dote de doce mil francos, según decía ella misma. La historia de estas desgracias, contadas cien veces al doctor Poulain, sugirieron á éste la idea de servirse de ella para facilitar la colocación de la señora Salvaje en casa de Pons y de Smuke como cocinera. Presentar á la señora Salvaje, era cosa imposible, pues la desconfianza de los dos músicos se había vuelto absoluta, y la negativa de abrir la puerta á la señorita Remonencq había instruído suficientemente á Fresal respecto á este punto. Pero á los dos amigos les pareció indudable que los piadosos músicos aceptarían ciegamente á una persona que fuese ofrecida por el abate Duplanty. Según su plan, la señora Cantinet iría acompañada de la señora Salvaje; y una vez allí la criada de Fresal valdría tanto como su mismo amo.

Cuando el abate Duplanty llegó á la puerta cochera, se vió detenido un instante por la multitud de amigos de Cibot, que daban muestras de interés por el portero más antiguo y más estimado del barrio.

El doctor Poulain saludó al abate Duplanty, le llamó aparte y le dijo:

—Voy á ir á ver á ese pobre señor Pons, porque aun podría salvarse. Se trata de decidirle á sufrir la operación de la extracción de los cálculos que se han formado en la vesícula. Se sienten al tacto, y ellos determinan una inflamación que le causará la muerte. Tal vez sería aún tiempo de operarle, y usted podría influir para decidirle. Si no se declara ninguna complicación durante la operación, yo respondo de su vida.

—Tan pronto como haya llevado á la iglesia el Viático, volveré; porque el señor Smuke se halla en un estado que reclama algunos auxilios religiosos—dijo el abate Duplanty.

—Acabo de saber que está solo—dijo el doctor Poulain.—Ese buen alemán ha tenido esta mañana un altercado con la señora Cibot, que le servía hace diez años, y están enfadados; pero esos señores no pueden permanecer sin ayuda

en las circunstancias en que van hallarse. Ocuparse de esos señores es una verdadera obra de caridad. Diga usted, Cantinet—dijo el doctor llamando al sacristán,—¿quiere usted preguntarle á su mujer si quiere cuidar á los señores Pons y Smuke por algunos días en sustitución de la señora Cibot? De todas maneras, esta buena mujer hubiera tenido necesidad de que la reemplazasen aunque no hubieran reñido.

—La elección no puede ser mejor—dijo el buen sacerdote,—pues la Cantinet goza de la confianza de la parroquia para percepción del alquiler de las sillas.

Algunos momentos después, el doctor Poulain seguía los progresos de la agonía de Pons, á quien Smuke suplicaba en vano que se dejase operar. El anciano músico sólo respondía á los ademanes del alemán desesperado con movimientos negativos de cabeza, mezclados con muestras de impaciencia. Por fin, el moribundo reunió sus fuerzas, dirigió á Smuke una horrible mirada, y le dijo:

—¡Hombre, déjame morir tranquilo!

Smuke estuvo á punto de morir de pena; pero tomó la mano de Pons, la besó cariñosamente y la mantuvo entre las suyas, procurando comunicarle aún su propia vida. Entonces fué cuando oyó llamar y fué á abrirle la puerta al abate Duplanty.

—Nuestro pobre enfermo empieza ya á luchar con la muerte—dijo el médico.—Antes de pocas horas habrá expirado, y yo creo que ya puede usted enviar un sacerdote para esta noche para velarlo. Sin embargo, yo opino que la señora Cantinet debe ponerse al servicio de Smuke, que temo que se vuelva loco. Por otra parte, aquí hay valores que deben ser guardados por personas de probidad.

El abate Duplanty, sacerdote digno y bueno, sin desconfianza ni malicia, consideró atinadas las observaciones del doctor Poulain, y, en su consecuencia, llamó aparte á Smuke desde el umbral de la puerta del cuarto murtuorio. Smuke no pudo decidirse á dejar la mano de Pons, que se crispaba y se agarraba á la suya como si quisiese evitar un precipicio cogiéndose á algo para no rodar hacia él. Pero, como es sabido, los moribundos son víctimas de una alucinación que les lleva á apoderarse de todo, y Pons dejó á Smuke para coger sus cobertores y amontonarlos en torno de su cuerpo con horrible y significativo movimiento de avaricia.

—¿Qué va á ser de usted, solo aquí con su amigo muerto? —dijo el buen sacerdote al alemán, cuando éste fué á escucharle.—Está usted sin la señora Cibot.

—Esa *mujeg* es un monstruo que ha matado á Pons.

—Pero necesita usted á alguien consigo, porque esta noche habrá que velar el cuerpo de su amigo—repuso el doctor Poulain.

—Yo lo *velagué*, yo *gogagué* á Dios *pog* él—respondió el inocente alemán.

—Pero es preciso comer. ¿Quién le hará á usted ahora la comida?—le preguntó el doctor.

—El *dolog* me quita el apetito—respondió sencillamente Smuke.

—Pero hay que ir á dar parte de la defunción, hay que amortajarle, hay que encargar el entierro, hay que darles de comer al sacerdote y demás personas que velen el cuerpo, ¿hará usted todo esto?... No crea usted que se muere como un perro en la capital del mundo civilizado.

Smuke abrió los ojos con asombro y sintió un pequeño acceso de locura.

—¿Es que Pons no se *moguigá!* ¡yo lo *salvagué!*

—Usted no tardará mucho tiempo en sentir sueño, y entonces ¿quién le reemplazará? porque hay que ocuparse del señor Pons, hay que darle de beber, hacerle remedios.

—¡Ah! ¡es *vegdad!*

—Bueno—repuso el abate Duplanty,—yo he pensado en enviarles á la señora Cantinet, una mujer buena y honrada.

El relato de sus deberes sociales para con su amigo muerto, aloló de tal modo á Smuke, que hubiera querido morir con Pons.

—Es un niño—dijo el doctor Poulain al abate Duplanty.

—Adelante—respondió maquinalmente Smuke.

—Vamos—dijo el vicario.—Yo voy á hablarle á la señora Cantinet y á enviársela.

—No, no se moleste usted—dijo el doctor.—Yo voy ahora hacia mi casa, y como es vecina mía, le hablaré.

La muerte es como un asesino invisible, contra el cual lucha el moribundo, y éste, en la agonía, recibe los últimos golpes, se defiende y procura librarse. Pons, que estaba en este terrible momento, empezó á lanzar gemidos y gritos. Inmediatamente, Smuke, el abate Duplanty y el médico, acudieron al lado del moribundo. De pronto, Pons, atacado

en su vitalidad por aquel último golpe que rompe los lazos del cuerpo y del alma, recobró por algunos instantes la perfecta quietud que sigue á la agonía, volvió en sí con la serenidad de la muerte en el rostro, y miró á los que le rodeaban con aire casi risueño.

—¡Ah doctor! ¡cuánto he sufrido! pero tenía usted razón, estoy mejor... Gracias, mi buen cura, yo me preguntaba dónde estaba Smuke.

—Smuke no ha comido desde ayer por la noche, y son las cuatro; usted no tiene á nadie á su lado, y sería peligroso volver á llamar á la señora Cibot.

—¡Oh! esa es capaz de todo—dijo Pons dando muestras de horror el sentir este nombre.—Es verdad, Smuke necesita tener á su lado una persona muy honrada.

—El abate Duplanty y yo—dijo entonces Poulain—hemos pensado en ustedes dos...

—¡Ah! gracias—dijo Pons,—yo no pensaba en él.

—Y el señor cura les propone á la señora Cantinet.

—¡Ah! ¡la cobradora de sillas!—exclamó Pons.—Sí, es una criatura excelente.

—Y está reñida con la señora Cibot; de modo que cuidará muy bien al señor Smuke—repuso el doctor.

—Sí, mi buen señor Duplanty, envíemela usted á ella y á su marido, y así estaré tranquilo. No me robarán nada.

Smuke había vuelto á coger la mano de Pons y se la estrechaba con alegría creyéndole ya aliviado.

—Vámonos, señor cura—dijo el doctor.—Voy á enviar en seguida á la señora Cantinet. Yo entiendo de esto y me temo que no encuentre vivo al señor Pons.

CAPÍTULO XXVII

La muerte tal cual es

Mientras que el abate Duplanty determinaba al moribundo á tomar por enfermera á la señora Cantinet, Fresal había llamado á su casa á la cobradora de las sillas y la sometía á su conversación corruptiva, al poder de sus astucias, al cual era difícil resistir; así es que la señora Cantinet, mujer seca y amarilla, de dientes grandes, labios fríos, alelada por la desgracia, como muchas mujeres del pueblo, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MAY. 16 1925 MONTERREY, N.M.

habituada á considerar como una dicha las más pequeñas ganancias, no tardó en avenirse á tomar como compañera á la señora Salvaje. La criada de Fresal había recibido ya instrucciones y había prometido coger en sus redes á los dos músicos y vigilarles como vigilan las arañas á la mosca que ha caído en su tela. La señora Salvaje debía recibir, como premio de sus trabajos, un estanco. Fresal hallaba así el medio de desembarazarse de su pretendida nodriza, y colocaba al lado de la señora Cantinet un espía seguro. Como la habitación de los dos amigos contaba con un cuarto de criada y una cocinita, la Salvaje podía dormir en un catre y hacer la comida de Smuke. En el momento en que las mujeres se presentaron, llevadas por el doctor Poulain, Pons acababa de exhalar el último suspiro, sin que Smuke se hubiera apercebido de ello. El alemán tenía aún entre sus manos la mano de su amigo, cuyo calor se marchaba paulatinamente; é hizo seña á la señora Cantinet de que no hablase; pero el aspecto de la soldadesca señora Salvaje le sorprendió de tal modo, que no pudo reprimir un movimiento de asombro, al que ya estaba acostumbrada aquella mujer hombruna.

—De esta mujer responde el señor Duplanty—dijo la señora Cantinet.—Ha sido cocinera de un obispo, es la probidad en persona y se encargará de hacer la comida.

—¡Ah! Habla usted demasiado alto—exclamó la asmática Salvaje.—Ese pobre señor está muerto. Acaba de expirar.

Smuke lanzó un penetrante grito, sintió que la mano de Pons se helaba y se ponía rígida, y permaneció con los ojos fijos en los de Pons, dando muestras de una desesperación tal, que se hubiese vuelto loco á no haber sido por la señora Salvaje, la cual, acostumbrada á aquella clase de escenas, se encaminó hacia la cama llevando un espejo en la mano, lo puso delante de los labios del muerto, y como ninguna respiración hubiese empañado el vidrio, se apresuró á separar la mano de Smuke de la del muerto.

—Váyase usted, señor, no esté aquí. Usted no sabe lo duros que se pondrán los huesos. Los muertos se enfrían rápidamente, y, si no se les amortaja cuando están tibios, después hay que romperles los miembros.

Aquella terrible mujer fué, pues, la que cerró los ojos del pobre músico muerto. Con esa costumbre de las enfermeras, oficio que había ejercido durante diez años, desnudó á Pons,

lo extendió, le pegó los brazos á ambos lados del cuerpo y le cubrió el rostro con la sábana.

—Se necesita una sábana para amortajarle. ¿De dónde la sacamos?—le preguntó á Smuke, que permanecía mudo de terror ante aquel espectáculo.

Después de haber visto á la religión preparando á su amigo para el cielo, todos aquellos detalles de prepararle para la tierra, llenaron su alma de dolor.

—Hagan ustedes lo que *quiegan*—respondió maquinalmente Smuke.

Aquella inocente criatura veía morir por primera vez á un hombre, y aquel hombre era Pons, el solo amigo, el solo ser que le había comprendido y amado.

—Entonces le voy á preguntar á la señora Cibot dónde están las sábanas.

—Vamos á necesitar un catre para esa señora—dijo la Cantinet á Smuke.

Smuke hizo un movimiento de cabeza y rompió en amargo llanto, y entonces la señora Cantinet dejó tranquilo á aquel desgraciado; mas al cabo de una hora volvió y le dijo:

—Señor, ¿quiere usted darnos dinero para comprar lo que se necesita?

—Smuke fijó en la señora Cantinet una mirada capaz de desarmar los odios más feroces, mostró el rostro lívido, seco y puntiagudo del muerto, como una razón que respondía á todo, y dijo arrodillándose:

—Tómenlo todo y déjenme *llogag* y *ogag*.

La señora Salvaje había ido á anunciar la muerte de Pons á Fresal, el cual corrió en coche á casa de la presidenta, á pedirle para el día siguiente el poder que le daba derecho para representar á los herederos.

—Señor—dijo la señora Cantinet á Smuke una hora después de la primera pregunta,—he ido á ver á la señora Cibot, que conoce la casa, para que me dijese dónde están las cosas; pero como acaba de perder á su marido, no me ha dicho más que tonterías... Pero, señor, escúcheme.

Smuke miró á aquella mujer, la cual no sospechaba siquiera su barbarie, pues las gentes del pueblo están acostumbradas á sufrir pasivamente los más grandes dolores morales.

—Señor, se necesita ropa para la mortaja y dinero para

un catre donde pueda dormir esa mujer. Se necesita comprar también batería de cocina, fuentes, platos, vasos, porque va á venir el señor cura á pasar aquí la noche, y esta mujer no encuentra nada en la cocina.

—Pero, señor—repitió la Salvaje,—yo necesito leña y carbón para preparar la comida, y no veo nada, lo cual no me asombra, habiendo estado encargada la Cibot de esta casa.

—Amiga mía, usted no quiere creerme, ese señor no responde á nada—dijo la señora Cantinet señalando á Smuke que yacía á los pies del muerto en un estado completo de inmovilidad.

—Bueno, hija mía, ahora va usted á ver cómo se obra en estos casos—dijo la Salvaje.

Y acto continuo dirigió una mirada al cuarto, como la que dirigen los ladrones para adivinar los escondites donde debe estar el dinero, se encaminó á la cómoda de Pons, abrió un cajón, vió el portamonedas donde Smuke había puesto el dinero obtenido con la venta de los cuadros, y fué á enseñárselo á éste, el cual hizo un signo maquinal de asentimiento.

—Aquí está el dinero, hijita mía—dijo la Salvaje á la señora Cantinet.—Voy á contarle y á coger lo necesario para comprar vino, provisiones, bujías, en fin, todo, porque veo que no tienen nada... Búsqueme usted en la cómoda una sábana para amortajar el cuerpo. Ya me habían dicho que este pobre señor era simple; pero yo creo que es más. Es como un recién nacido y habrá que cebarle para que coma.

Smuke miraba á las dos mujeres como si estuviese loco. Lacerado por el dolor, sumido en un estado casi cataleptico, no cesaba de contemplar la fascinadora cara de Pons, cuyas líneas se iban endureciendo por efecto del reposo absoluto de la muerte. El músico esperaba morir, todo le era indiferente, y, aun cuando el cuarto hubiese sido devorado por un incendio, no se hubiera movido.

—Hay mil doscientos cincuenta y seis francos—le dijo la Salvaje.

Smuke se encogió de hombros.

Cuando la Salvaje quiso proceder al amortajamiento del cuerpo de Pons, y á medirlo para cortar la sábana y coserla, se entabló una lucha horrible entre ella y el pobre alemán. Smuke obró en un todo como el perro que muerde á todos los que quieren tocar el cadáver de su amo. La Salvaje, im-

pacientada, cogió al alemán y lo sentó en un sofá, y lo mantuvo allí con hercúlea fuerza.

—Vamos, amiga mía, cosa usted al muerto en la mortaja—le dijo á la señora Cantinet.

Una vez terminada la operación, la Salvaje volvió á colocar á Smuke al pie de la cama, diciéndole:

—¿No comprende usted que había que amortajarle?

Smuke se puso á llorar, y las dos mujeres lo dejaron, yéndose á tomar posesión de la cocina, después de haber comprado todas las cosas necesarias para la vida. Después de haber hecho un primer gasto de trescientos sesenta francos, la Salvaje se puso á preparar una comida para cuatro personas. ¡Qué comida! Había faisán, un pato como plato de resistencia, una tortilla, una ensalada de legumbres, y el cocido sacramental, cuyos ingredientes eran tan exagerados, que el caldo parecía gelatina. A las nueve de la noche, el sacerdote enviado por el vicario para velar á Pons, se presentó acompañado de Cantinet, el cual llevaba los cirios de la iglesia. El sacerdote encontró á Smuke acostado en el mismo lecho de su amigo y estrechamente abrazado á él, siendo precisa la autoridad de la religión para lograr que Smuke se separara del cuerpo. El alemán se arrodilló y el sacerdote se arrellanó cómodamente en el sofá. Mientras que el cura leía sus plegarias y Smuke arrodillado ante el cuerpo de Pons rogaba á Dios que hiciese el milagro de unirle á él á fin de ser sepultado en la propia fosa de su amigo, la señora Cantinet había ido al Temple á comprar un catre y ropa de cama para la señora Salvaje, pues los mil doscientos cincuenta y seis francos eran objeto de un verdadero pillaje. A las once de la noche, la señora Cantinet fué á ver si Smuke quería algo; pero el alemán le hizo seña de que le dejasen tranquilo.

—Señor Pastelot, la cena le espera—dijo entonces la cobradora de las sillas al cura.

Al quedar solo Smuke, se sonrió como el loco que queda en libertad de satisfacer un deseo comparable al de las embarazadas, se arrojó sobre Pons y le mantuvo una vez más estrechamente abrazado. A las dos de la noche volvió el sacerdote, y Smuke, reñido por él, dejó á Pons y se puso á rezar. Al rayar el alba, el sacerdote se fué. A las siete de la mañana, el doctor Poulain fué á ver á Smuke y quiso obligarle á comer; pero el alemán se resistió.

—Si no come usted ahora, al volver sentirá hambre—le dijo el doctor,—pues tiene usted que ir á la alcaldía con un testigo para declarar la defunción del señor Pons y firmar el acta.

—¿Yo?—dijo el alemán con espanto.

—¿Pues quién?... usted no puede negarse, siendo la única persona que le ha visto morir.

—Me faltan las *piegnas*—respondió Smuke implorando la asistencia del doctor Poulain.

—Tome usted un coche—le respondió cariñosamente el hipócrita doctor.—Yo he certificado ya la defunción. Que le acompañe á usted alguno de la casa. Esas dos mujeres cuidarán de todo mientras esté usted ausente.

No es posible imaginarse lo que son las molestias de la ley cuando se ve uno agobiado por un dolor verdadero. Hay para odiar la civilización y preferir las costumbres de los salvajes. A las nueve de la mañana, la señora Salvaje ayudó á Smuke á bajar las escaleras, y una vez que el músico estuvo dentro del coche, tuvo que rogar á Remonencq que le acompañase á la alcaldía á certificar la defunción de Pons. En este país sediento de igualdad, en París, brilla en todo y por todo la desigualdad de las condiciones. Esta inmutable fuerza de las cosas se nota hasta en los efectos de la muerte. En las familias ricas, un pariente, un amigo ó los agentes de negocios evitan estos espantosos detalles á los que lloran; pero lo mismo en esto que en el reparto de impuestos, el pueblo, los proletarios sin ayuda, sufren todo el peso del dolor.

—¡Ah! tiene usted razón en llorarle—dijo Remonencq al oír un gemido del pobre mártir,—porque era un buen hombre, un hombre honrado que deja una hermosa colección; pero, sabe usted, señor, que siendo, como es usted, extranjero, se va á ver en grandes apuros por resultar, según dicen todos, heredero del señor Pons.

Smuke no escuchaba, estaba sumido en tal dolor, que se sentía fronterizo á la locura. También el alma tiene, como el cuerpo, su tétano.

—Haría usted bien en nombrar apoderado á un hombre de negocios.

—¡Un hombre de negocios!—repitió maquinalmente Smuke.

—Ya verá usted como lo necesita. En su lugar, yo toma-

ría un hombre de experiencia, un hombre conocido en el barrio, un hombre de confianza... Para mis negocios, yo me sirvo del alguacil Tabareau, y, dándole un poder á su primer pasante, se evitará usted mucho trabajo.

Esta insinuación aconsejada por Fresal y convenida entre Remonencq y la Cibot, quedó fija en la memoria de Smuke, pues en los instantes en que el dolor anula el alma, paralizando sus funciones, la memoria recibe todas las impresiones que la casualidad hace llegar á ella. Smuke escuchaba á Remonencq, contemplándole con mirada tan desprovista de inteligencia, que el anticuario no le dijo nada más.

—Si sigue imbécil de este modo—pensó Remonencq,—podré comprarle todas sus antigüedades por cien mil francos, si es que son suyas. Señor, ya estamos en la alcaldía.

Remonencq se vió obligado á sacar á Smuke del coche y tomarlo en brazos, para que pudiese llegar hasta el registro civil, donde Smuke encontró una boda. El músico tuvo que esperar su turno, pues por una de esas casualidades frecuentes en París, aquel día había que redactar cinco ó seis actas de defunción. Allí, aquel pobre alemán tenía que sufrir una pasión igual á la de Jesús.

—¿Es el señor Smuke este señor?—preguntó un hombre vestido de negro, dirigiéndose al alemán, que quedó estupefacto al oír que le llamaban por su nombre.

Smuke miró á aquel hombre con el mismo aire alelado con que había respondido á Remonencq.

—¿Qué le quiere usted?—dijo el anticuario al desconocido.—¡Hombre! déjele usted en paz. ¿No ve que le tiene loco la pena?

—El señor acaba de perder á su amigo, y sin duda se propone honrar dignamente su memoria, siendo, como es, su heredero—dijo el desconocido.—El señor supongo que no andará con roñerías y que comprará un terreno á perpetuidad para su sepultura. ¡Amaba tanto las artes el señor Pons! sería una lástima que no se pusiese en su tumba á la Música, á la Pintura y á la Escultura representadas por tres mujeres llorando.

Remonencq hizo un gesto de auverniano para alejar á aquel hombre; pero éste le respondió con otro gesto que él comprendió por el anticuario y que significaba: «Déjele usted hacer mi negocio».

—Yo soy el comisionista de la casa Sonet y C.^a, contra-

tadora de monumentos fúnebres—repuso el corredor, á quien Walter Scot hubiese llamado *el joven de las tumbas*. Si el señor quisiera hacernos un encargo, nosotros le evitaríamos las molestias de ir á comprar el terreno necesario para la sepultura del amigo que acaban de perder las artes.

Remonencq meneó la cabeza en señal de asentimiento, y le tocó con el codo á Smuke.

—Nosotros recibimos todos los días encargos de las familias de cumplir todas las formalidades legales—siguió diciendo el corredor, alentado por el gesto del auverniano.—En el primer momento de su dolor, es muy difícil que un heredero se ocupe por sí mismo de estos detalles, y nosotros acostumbramos á evitar este trabajo á nuestros clientes. Señor, nuestros monumentos están tasados á tanto el metro en piedra de talla ó en mármol... Nosotros cavamos las fosas para las tumbas de familia. Nosotros nos encargamos de todo, á precios módicos. Nuestra casa ha hecho el magnífico monumento de la hermosa Esther Gobseck y de Luciano de Rubempré, que es uno de los adornos más preciosos del Père Lachaise. Nosotros tenemos los mejores obreros, y yo aconsejo al señor que desconfíe de los pequeños contratistas, que no hacen más que buñuelos—añadió al ver venir á un hombre vestido de negro, que se proponía hablar por otra casa de monumentos mortuorios.

Se ha dicho muchas veces que la muerte es el fin de un viaje. Un muerto, si es de calidad sobre todo, es acogido en la *sombria orilla* como el viajero que desembarca en el puerto y se ve mareado por las recomendaciones de los corredores de fondas. A excepción de algunos filósofos ó de algunas familias acomodadas, que se construyen tumbas cual si fuesen palacios, nadie piensa en la muerte ni en sus consecuencias sociales. La muerte viene siempre demasiado pronto; y, por otra parte, un sentimiento muy humano impide á los herederos suponer su posibilidad. De modo que casi todos los que pierden sus padres, sus madres, sus mujeres ó sus hijos, se ven asaltados inmediatamente por esa turba de corredores de negocios que se aprovechan de su dolor para obtener un encargo. Antaño, los empresarios de monumentos fúnebres, agrupados en los alrededores del célebre cementerio del Père Lachaise, donde forman una calle, que debería llamarse calle de las tumbas, asaltaban á los herederos al entrar ó al salir del cementerio; pero insen-

siblemente, la competencia, el genio especulativo, les ha hecho ganar terreno, y hoy bajan al registro civil, ó penetran en la propia casa del muerto, provistos de planos de tumbas.

—Estoy ya en tratos con el señor—dijo el corredor de la casa Sonet al corredor que se presentaba.

—¡Defunción Pons! ¿Dónde están los testigos?—gritó el alguacil.

—Venga usted, señor—dijo el corredor dirigiéndose á Remonencq.

Este rogó al corredor que le ayudase á levantar á Smuke, el cual permanecía sentado en un banco como una masa inerte, y, entre los dos, lo condujeron ante el redactor de las actas de defunción. Remonencq, que era en aquel momento la providencia de Smuke, fué ayudado por el doctor Poulain, el cual fué á dar los informes necesarios acerca de la edad y del lugar del nacimiento de Pons, pues el alemán, lo único que sabía, era que Pons había sido su amigo. Una vez firmado el documento, Remonencq y el médico, seguidos del corredor, metieron al pobre alemán en el coche, en el cual penetró también el corredor, ansioso de solucionar el encargo. La Salvaje, que esperaba en la puerta de la casa, subió á Smuke desmayado en sus brazos, ayudada por Remonencq y por el corredor de la casa Sonet.

—Se va á encontrar muy mal este hombre—exclamó el corredor, que quería terminar el negocio que decía empezado.

—¡Ya lo creo!—respondió la señora Salvaje.—Hace veinticuatro horas que llora; no ha querido probar bocado, y no hay nada que estropee el estómago como la pena.

—Pero, mi querido cliente, ¿por qué no toma usted un caldo?—le dijo el corredor de la casa Sonet.—Aun le quedan muehas cosas que hacer: hay que ir al Ayuntamiento y comprar el terreno necesario para el monumento que quiere usted levantar á la memoria de este amigo de las artes, memoria que debe ser á la vez prueba de su agradecimiento.

—¡Pero eso es no tener sentido!—dijo la señora Cantinet á Smuke, presentándole un caldo y un pedazo de pan.

—Mi querido señor—agregó Remonencq,—si está tan débil, piense en alguien para que le represente, porque aun queda mucho que hacer: hay que encargar el entierro. ¿Su-

pongo que no querrá usted enterrar á su amigo como si fuese un pobre?

—Vamos, vamos, mi querido señor—dijo la Salvaje aprovechando un momento en que Smuke tenía la cabeza inclinada contra el respaldo del sofá, y metiéndole una cucharada de caldo en la boca, lo mismo que si fuese un niño.

—Señor, puesto que quiere usted entregarse á su dolor, ahora, si es usted juicioso, debe usted encargar á alguien que le represente.

—Puesto que el señor tiene la intención de levantar un magnífico monumento á la memoria de su amigo—dijo el corredor,—no tiene más que encargarme á mí de todos los pasos, y yo los haré.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso?—dijo la Salvaje.—¿Le ha encargado á usted algo el señor? ¿Quién es usted?

—Señora mía, uno de los corredores de la casa Sonet, la más acreditada para monumentos funerarios—dijo sacando una tarjeta y entregándosela á la Salvaje.

—¡Bueno! ¡bueno! ¡basta! ya se irá á su casa cuando se crea conveniente. Pero no hay que abusar del estado en que se encuentra el señor. Ya ve usted que no está para nada.

—Si quiere usted encargarse de que venga á casa, yo le daré cuarenta francos—dijo el corredor de la casa Sonet, llamando á la Salvaje aparte.

—Bueno, deme usted su dirección—dijo la señora Salvaje cambiando de modos.

Al verse solo y como se encontrase mejor después de haber tomado el caldo, Smuke no tardó en volver al cuarto de Pons para entregarse allí á la oración. Estaba sumido en los abismos del dolor, cuando fué sacado de su profundo marasmo por un joven vestido de negro que le llamaba señor por undécima vez y que fué oído por el pobre mártir gracias á haberle sacudido el brazo.

—¿Qué ocugue?

—Señor, nosotros debemos al doctor Ganal un descubrimiento sublime. Él ha renovado los milagros de Egipto, y perfeccionándolos ha obtenido resultados sorprendentes. De modo, que si quiere usted volver á ver á su amigo tal cual era en vida...

—¡Volveg á vegle!—exclamó Smuke,—¿pego me hablagá?

—Lo mismo que si le hablase, no le faltará más que la palabra—repuso el corredor de embalsamamientos.—Quedará eternamente tal como le verá usted embalsamado. La operación exige cortos instantes. Una incisión en la carótida y la inyección suficiente; pero aun es tiempo. Si espera usted un cuarto de hora, ya no tendrá la satisfacción de haber conservado el cuerpo.

—Vaya usted al diablo... Pons es un alma... y esta alma está en el cielo.

—¡Este hombre es un desagradecido! ¡Se niega á embalsamar á su amigo!—dijo el joven corredor de uno de los rivales del célebre Ganal, al pasar por la portería.

—¿Qué quiere usted, señor?—dijo la Cibot, que acababa de hacer embalsamar á su marido.—Es un heredero, un legatario; y una vez que el negocio está hecho, el difunto no significa nada.

CAPÍTULO XXVIII

Continuación del martirio de Smuke, donde se verá cómo se muere en París

Una hora después, Smuke vió que se presentaba ante él la señora Salvaje seguida de un hombre vestido de negro que parecía ser un obrero.

—Señor, Cantinet ha tenido la atención de enviarle á este sujeto, que es el funerario de la parroquia.

El funerario se inclinó con aire de conmiseración y de tristeza; pero como hombre seguro de hacer negocio, empezó por decir:

—¿Cómo quiere usted la caja, señor? ¿de pino, de encina de encina forrada de plomo? La encina forrada de plomo es lo mejor; porque el cuerpo tiene la medida ordinaria.

Y esto diciendo tentaba los pies del muerto para medirle.

—¡Un metro setenta!—añadió.—¿Piensa el señor encarar el servicio fúnebre á la iglesia?

Smuke le dirigió á aquel hombre miradas como las que dirigen los locos antes de hacer alguna barrabasada.

—Señor—dijo la Salvaje,—debería usted encargar á quien que se ocupase por usted de todos estos detalles.

—Sí—dijo al fin la víctima.